

Reprender a los demás es muy fácil, pero es muy difícil mirarse bien en sí propio.

San Francisco de Sales

Año XI

Vilafranca del Panadés, 31 de Marzo de 1951

Número 13

Transición necesaria Algo por saber y por vivir

«Piénsese bien que de lo que hoy en día se trata no es solamente de un orden político, sino, quizá, de la existencia misma de la sociedad entera. Los signos precursores de una revolución social estallan por todas partes; se ven surgir nuevas religiones, se oyen voces de trueno de nuevos profetas que hablan desde el fondo de la soledad o aun desde la tumba. El Oriente está preñado de misterios políticos prestos a realizarse; Europa parece azotada de terror y de vértigo; las inteligencias y las pasiones humanas se agitan, se entrecruzan y chocan en todos sentidos como para encontrar una salida, que no hallan. Las clases ricas descuentan rápidamente su vida y, sin preocuparse del futuro, aspiran, día tras día, a nuevos gozos materiales. Las masas proletarias, privadas de alimento moral y de bienestar físico, piden a su vez participar, de grado o por fuerza, en los bienes del mundo.

«Tal es el estado de la sociedad en muchas naciones del globo civilizado. ¿Qué saldrá de este caos? ¿Cuál es el porvenir de la civilización europea? Todos se hacen esta pregunta, a la que nadie sabe responder.

«Lo que parece cierto es que los tiempos de monopolio y de opresión han terminado y no pueden volver; que una gran transición se acerca. Ahora bien; ésta no puede operarse si no de dos maneras: o por la irrupción violenta de las clases proletarias y agotadas por causa de los detentadores de la propiedad y de la industria, es decir, por una vuelta a la barbarie, o por una aplicación práctica y general de los principios de justicia, de moral, de humanidad y de caridad.

«Todo el genio de la política, todos los esfuerzos de los hombres de bien, deben tender, por lo tanto, a preparar esta transición por vías de persuasión y de prudencia. Es una nueva fase del cristianismo la que entra en el universo. La caridad cristiana, vitalizada en la vida, en las leyes, en las instituciones y en las costumbres, es la única que puede preservar el orden social de los peligros espantosos que le amenazan; fuera de esos no hay sino itusión y mentira...»

Aunque el lector no lo crea, todo lo anterior es traducción de un magnífico párrafo del prólogo de la «Economía política cristiana», del vizconde de Villeneuve-Bargemont (1784-1850), publicada en 1834, hace más de un siglo.

La doctrina del Cuerpo Místico, mostrándonos que los cristianos somos miembros de Cristo y miembros los unos de los otros, nos hace comprender el verdadero fundamento de la caridad cristiana.

Por el hecho de ser «miembros de Cristo», más aún, por ser Cristo el que vive en cada uno de nosotros, somos miembros «los unos de los otros», unidos por una solidaridad orgánica, más poderosa aún que la que resulta de nuestra comunidad de origen en Adán, o de las leyes de dependencia social que nos rigen.

Esa «común unión» de todas las almas santificadas por la gracia capital de Cristo, es la que constituye la Comunión de los Santos, y la que hace que nuestra vida sobrenatural no pueda estar aislada.

Si un miembro sufre, todos sufren con él.

Si uno desfallece o falta a sus funciones, todos participan de esa falta.

¿No creéis que si los cristianos comprendiesen mejor esta doctrina, si se penetrasen mejor de ella, verían en la religión otra cosa distinta de lo que la mayoría ve: prácticas externas que cumplir, catálogo de faltas que evitar?

¿No creéis que si los cristianos ahondasen cada día en esta doctrina, poseerían la virtud de la caridad, que, según Jesús, resume toda la perfección y es la señal distintiva del cristianismo?

La caridad, notémoslo bien, no es solamente filantropía, no es un sentimiento basado en la comunidad de una misma naturaleza humana, no es el afecto que existe entre hijos de un mismo Padre Celestial.

Si la caridad no terminase en Dios mismo, no sería virtud teologal.

La verdadera caridad es la que nos hace ver a Dios a través de las «apariencias» humanas, la que nos hace amar en nuestros hermanos a los miembros de Cristo —más aún—, al mismo Cristo.

Se puede ir muy lejos en consecuencias prácticas.

Por ejemplo: ¿tenemos para el prójimo —guardadas las de-

Que la justicia sea mayor y más real, que la caridad se universalice y que los hombres sean de nuevo hermanos; que el mensaje de Pascua: «La Paz sea con vosotros», no decline con el día sino, sino que se haga eterna.

Fortalece Señor a los que sufren la pérdida de la libertad, a los que sufren en su carne por la defensa de su fe, a los héroes de la devoción, de la fidelidad y de la fe en Cristo, que tienen el triunfo asegurado.

Mensaje Pascual de 1951

PIO XII